



El Bosque de las Lágrimas Derramadas



Urko se deslizó entre las tiendas de campaña que formaban un gran círculo, en cuyo centro se hallaba humeante la gran hoguera que habían encendido por la noche, para asar el jabalí que habían cazado. Se encaminó hacia el bosque y, sin hacer ruido, salió del claro en el que

estaban acampados.

Aún faltaba una hora para que sus compañeros y profesores se despertasen y se pusiesen de nuevo a investigar. Estaban llevando a cabo un proyecto de investigación sobre la Guerra Tar, que transcurrió durante el siglo XIII, entre los pueblos dranianos. Ambos pueblos, luchaban por dinero, tierras, minerales, esclavos y poder.

En esta época se sucedieron muchas batallas en las que murieron muchos duendes y elfos inocentes, que iban a la guerra, obligados a luchar por hechos que no llegaban a comprender. Luchaban y defendían la guerra de los más poderosos. No su guerra.

Todos los alumnos que llegaban a 5º grado en la Escuela Superior de Duendes tenían que estudiar esta guerra tan importante para el

mundo mágico, con el fin de educar a los más jóvenes y que no cometiesen los mismos errores del pasado; errores que estuvieron a punto de erradicar a todos los seres mágicos de nuestro mundo.

Urko llevaba un rato caminando inmerso en sus propios pensamientos, ajeno a lo que sucedía a su alrededor. Desde muy pequeño, sus padres y abuelos le habían contado multitud de historias sobre esta guerra, en la que fueron partícipes muchos familiares suyos. Por eso había salido temprano, quería encontrar algún resto, alguna pista, algo que le demostrase que ese gran acontecimiento tuvo lugar en el bosque por el que estaba paseando; el Bosque de las Lágrimas Derramas.

Una leve brisa rezumaba a su alrededor, agitando las agujas de los grandes y poderosos abetos que, enfilados, llegaban hasta las Montañas Nevadas que se divisaban al fondo. Detrás de ellas comenzaban a aparecer tímidamente las dos enormes esferas de fuego y hierro que levantaban al mundo y lo llenaban de sonido y colorido. Ya estaba amaneciendo.

Urko desistió en su búsqueda y pensó en regresar. No quería que los demás se enterasen de sus excursiones furtivas.

Sabía que habían colocado trasladores a lo largo de todo el boque para regresar al punto de inicio sin perderse. No le costó mucho encontrar el que estaba en esa zona. Era un zapato viejo y remendado que pasaba desapercibido ante los ojos de un humano cualquiera, pero no para los de un duende. Los trasladores eran

objetos corrientes que no llamaban la atención, pero que rebosaban de magia y energía. Esto los seres mágicos lo podían percibir.

Urko estaba a punto de tocar el trasladador, cuando algo amarillento le llamó la atención. Apenas se podía percibir qué era. Estaba tapado por un enmarañado de hojas y ramas que habían ido sedimentando a lo largo de miles de años. Se acercó lentamente. Su sien derecha palpitaba, como cada vez que descubría algo interesante o hacía alguna trastada. Las manos le empezaron a sudar y su corazón a latir rápidamente. Cuando se hallaba a unos pocos pasos del extraño objeto, descubrió que era la esquina de un sobre. Estiró su mano y, con sus gráciles dedos, recogió cuidadosamente su nuevo tesoro. Lo guardó en uno de los bolsillos que tenía en su capa de cuero y se echó la capucha sobre la cabeza. Unos caracolillos rubios se habían escapado de la protección de la capucha y, traviosos, revoloteaban sin cesar sobre la frente del muchacho.

Éste volvió de nuevo hacia el trasladador y se preparó para recibir el retortijón en la tripa, que le sucedía cada vez que utilizaba uno. Ahora, sin nada que lo retuviese, retornó a su campamento, que aún se hallaba sumido en el silencio sepulcral del sueño.

Caminaron toda la mañana y parte de la tarde. De vez en cuando, los muchachos se paraban y tomaban muestras, admiraban el paisaje imaginando ese mismo lugar hace miles de años, o simplemente escuchaban con sus orejas puntiagudas a la naturaleza,

los suspiros apenas audibles de los árboles y el trino de los pajarillos.

Urko caminaba junto a sus compañeros, con su peculiar semblante impasible, tranquilo. Les ayudaba cuando le necesitaban o escudriñaba con sus grandes ojos negros a lo lejos en busca de restos, que completasen la historia de aquella legendaria guerra entre los pueblos dranianos. Mucho tiempo atrás, estos pueblos habían sido muy amigos. Pero por nimiedades, poder y egoísmo, esa amistad se rompió.

Urko, a pesar de que por fuera no demostrase ninguna emoción, por dentro estaba impaciente y deseando que el Jefe Mayor tocase la campana para regresar al campamento. Quería saber qué contenía aquel viejo sobre que había encontrado cuando el día aún era joven. Se hizo la noche en el bosque. Todos los duendes dormían tranquilos en sus sacos. Todos menos Urko, que había esperado la llegada del gran foco nocturno que guiaba a búhos, lechuzas y murciélagos en su paseo durante la imperturbable oscuridad.

El duende murmuró unas palabras y en la punta de su largo dedo apareció luz.

Esa noche Urko descubrió una historia, que le demostró que muchas veces el amor y las palabras pueden vencer al odio y las peleas.

Urko sacó del viejo sobre una carta doblada en dos mitades, de bordes carcomidos, cuya tinta de pluma de fénix había comenzado a

deslizarse lentamente por el papel, emborronando algunas palabras. Pero eso no fue lo que más le llamó la atención. La carta no había sido escrita con tinta negra normal y corriente, sino con sangre élfica; sangre similar a la que corría por sus venas.

El pequeño duende comenzó a leer y la carta así decía:

<<Madre. Anoche en las trincheras, entre el fuego y la metralla, vi al enemigo correr, la noche estaba cerrada. Me hallaba escondido, le apunté con mi fusil, al tiempo que disparaba. Una luz iluminó el rostro que yo mataba. El enemigo clavó su mirada en mí, con los ojos ya vacíos. Entonces descubrí que aquel a quien yo maté, no era soldado enemigo; era mi amigo Ezequiel, compañero de la escuela, con quien tanto yo jugué a soldados y a trincheras. Pero ahora el juego era real, y su cuerpo yace en tierra; madre yo quiero morir, ya estoy harto de esta guerra, esta guerra que nunca fue la nuestra. Madre si te vuelvo a escribir...tal vez sea desde el cielo, donde encontraré a Ezequiel y jugaremos de nuevo>>

La carta terminaba ahí. Urko la volvió a leer dos veces más. Era muy bonita y a la vez muy triste; comprendió que a la Guerra Tar habían ido muchos duendes y elfos de los distintos pueblos. Y en ella lucharon amigos contra amigos, padres contra hijos, abuelos contra nietos. Pero...todo esto ¿para qué?, ¿para obtener la mirada aprobadora de los más ricos?, ¿para obtener beneficios para los más poderosos? Urko resopló bruscamente. Pero se tapó la boca con la

mano rápidamente, temeroso de que sus amigos le hubiesen escuchado.

Iba de nuevo a doblar la carta, cuando descubrió que en una de las esquinas, muy chiquito, estaba escrito el nombre del autor de aquella carta. Briand. Urko abrió los ojos de par en par. ¿De qué le sonaba aquel nombre? Decidió dejar aquel misterio para el día siguiente, se recostó y en pocos minutos ningún duendecillo en aquel claro tuvo los ojos abiertos.

Un haz de luz se filtró por el resquicio de la ventana de la tienda, jugueteando con las rizadas pestañas de los duendes. El campamento se fue desperezando. Los más madrugadores ya habían empezado a recoger sus bártulos, todo los objetos que habían encontrado y a introducirlos en sus maletas. Era el último día que estarían en el Bosque de las Lágrimas Derramadas. Todos habían aprendido muchas historias, descubierto cosas fascinantes y visto con sus propios ojos un lugar espiritual, magnético para algunos de ellos y otros habían encontrado la vida de sus antepasados.

Urko, había pensado mucho sobre su carta y sobre todo en Briand. Éste héroe tan antiguo había sido su bisabuelo. Lo sabía por todas las historias que le había contado su abuelo, refiriéndose en multitud de ellas a él, a su padre que fue a la guerra y que nunca regresó.

Aquella noche, ya en casa, durante la cena, les contó la gran experiencia vivida a sus padres. Esta excursión le serviría a Urko

para realizar su examen final en la Escuela Superior de Duendes y así encontrar un buen empleo.

Antes de irse a su habitación a dormir, pasó por el cuarto de su abuelo. Estaba enfermo y muy débil, pero Urko sabía que le gustaría que le mostrase su pequeño secreto. Abrió lentamente la puerta y avanzó tímidamente hasta la cama donde descansaba su abuelo. Se recostó junto a él y sacó la carta. No se la había enseñado a nadie, la sacaba cada noche y la leía. Después la guardaba muy cerca de su corazón y soñaba que era un héroe, como Briand. Su abuelo leyó y releyó la carta. Dos lágrimas manaron de sus ojos achinados que, a medida que la enfermedad le había ido inundando, se habían ido haciendo más pequeños, hasta tenerlos casi cerrados. Legendarias, pequeñas y saladas, resbalaron por su rostro cetrino y demacrado. Sus labios se curvaron en su peculiar media sonrisa que Urko hacía mucho que no veía. En sus ojos resurgió la luz perdida y evocó muchos recuerdos de su niñez.

Urko se apoyó en su pecho, y descubrió que su corazón ya no latía. Pero en su cara seguía dibujada esa sonrisa anciana que le acompañaría siempre. Le cerró los ojos, le puso la carta entre sus dos manos entrelazadas y salió silenciosamente de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

La habitación se tornó de oscuro cual noche sin luna, pero en el cielo nació una nueva estrella, que hoy día nos ilumina y nos recuerda que dos amigos que se quieren jamás se podrán olvidar.

El pequeño Urko tenía 300 años, aún era joven. Pero en esos momentos, pensó que les relataría a sus nietos todas las historias que sabía sobre la Guerra Tar y todo lo que había vivido en el Bosque de las Lágrimas Derramadas.

IRENE IBÁÑEZ GONZÁLEZ. 4^ºA

